

VIVIR CON LA ESPERANZA DEL CIELO... Y ASÍ TENER ÉXITO EN LA MUERTE

Estamos en noviembre, mes de... muchos diríamos, de los difuntos, pero olvidaríamos lo más importante. Noviembre empieza con la gran festividad de todos los santos del Cielo, de esa inmensa multitud de hombres y mujeres que gozan sin fin la bienaventurada vida con Dios. Todos sufrieron la muerte, pero la afrontaron de cara, con la firme confianza en Cristo, su Salvador; fe de la que mana la esperanza alegre del encuentro amoroso para siempre con Él. *“Porque la paga del pecado es la muerte, mientras que el don de Dios es la vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro”* (Romanos 6, 23). Para mirar amistosamente a la muerte hay una condición ineludible, estar verdaderamente unidos a Jesús como hicieron los santos, ya que el premio es el mismo Dios en persona. Por eso tuvieron éxito en su muerte. *“Jesús les tomó de la mano y les dijo: «Ven, ven conmigo, levántate». Allí terminará la esperanza y será la realidad, la realidad de la vida”*¹. Vivir eternamente en nuestro hogar, *“la casa de mi Padre”*, nos dice Jesús (Juan 14, 2).

Jesús nos prometió el Cielo en el Discurso de despedida en la Última Cena: *“No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque me voy a prepararos un lugar. Cuando vaya y os prepare un lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros”* (Juan 14, 1-3). Nos invita a recorrer el camino anclados en su amor fiel con la esperanza cierta del Cielo. Esta es la buena nueva, la gran noticia que revolucionó la existencia de los primeros cristianos: vivir el presente con la esperanza fiable de un futuro dichoso. Es la gran esperanza por la que merece vivir. Se lee de San Carlos Borromeo que vio un cuadro que mostraba a la muerte en forma de esqueleto con la guadaña en la mano, y exclamó: <¡No es así, no es así!>. Se dirigió al artista, que estaba terminando el cuadro: <Mira, quítale de las manos la guadaña y sustitúyela por una llave de oro. ¿No te acuerdas? Por la muerte entramos en posesión de bienes celestiales>. *“El cristiano es el hombre que dice: <Yo tendré un buen fin>”*². Ese fin dichoso es la vida en Dios para siempre, el Paraíso.

Es una pena que nos roben lo más valioso que tenemos. ¿Qué distingue la muerte de un hombre de un animal? ¿Ambos tienen el mismo fin: desaparecer para siempre? La sabiduría nos dice que no, el espíritu humano anhela la inmortalidad. Al nacer somos candidatos de la eternidad. Para eso venimos al mundo. La vida en la tierra es tiempo de “renacer de lo alto” por don del Espíritu Santo y preparar el segundo nacimiento: nacer en el Cielo. *“Debemos pensar en el Paraíso. La carta de nuestra vida la jugamos apuntando hacia el Paraíso. Esta certeza y esta esperanza no nos saca de nuestros empeños terrenos, sino los purifica y los intensifica, según se muestra en la vida de los santos”*³. El Cielo es faro de la existencia, su potente luz permite no perder el rumbo y dirigirse a puerto, más en un mar en tempestad en la obscuridad de la noche.

Pero... hay mucho despistado

Cuentan que Chesterton era muy distraído. En un viaje en tren, cuando el revisor le pidió el billete no lo encontraba en ninguna parte. Buscaba en los bolsillos cada vez más nervioso. Al verle, el revisor le dijo: <no se preocupe que no le haré pagar un nuevo billete>. A lo que Chesterton contestó: <no es pagar lo que me inquieta, lo que me preocupa es que he olvidado a dónde voy>. Es lo que ocurre a muchos, no saben a dónde van, y andan desorientados, extraviados.

La sociedad pos cristiana no solo no admite ninguna vida futura sino que afirma que pensar en ella nos hace más débiles. No son pocos, según las estadísticas, los que piensan así. El sociólogo francés Lipovetsky daba los siguientes datos: *“Solo el 18% de los franceses cree <totalmente> en el cielo y el 29% en la vida eterna; solo dice rezar habitualmente el 20%; la costumbre de rezar habitualmente en la franja de los 18-24 años ha bajado al 10%”,* y concluía: *“la sociedad hipermoderna es la que multiplica las ocasiones de experimentar decepción sin ofrecer ya dispositivos <institucionales> para remediarlos (se refería a la religión o creencias)”*⁴.

¹ Francisco, Audiencia (18.X.2017).

² J. Piper-H. Raskop, El Mensaje Cristiano.

³ San Juan Pablo II, Anécdotas y virtudes voz «Cielo» p. 81.

⁴ Gilles Lipovetsky, “La sociedad de la decepción” (Anagrama 2008, 22-23).

Un síntoma de este contagio entre los cristianos es la “moda” de no bautizar a los hijos. En la comparativa entre la Memoria Anual de Actividades de la Iglesia católica en España 2019 con la del 2011, los bautizos se han reducido en un 40% (aunque la natalidad bajó un 23% en ese periodo). Si no se contempla el Cielo como el gran regalo de Dios, del que nos hace partícipes y herederos en el Bautismo, es normal que unos padres no tengan especial interés en que su hijo no se lo pierda. Si no se gusta del Cielo en la tierra, desconocen aquello que le están privando. Si ser hijos amados de Dios no tiene valor, tampoco se imaginan el inmenso amor con que Dios mimaba a sus hijos colmándolos de bienes divinos. *“Es cierta esta afirmación: si hemos muerto con él, también viviremos con él”* (2 Timoteo 2, 11). Al sumergirnos en las aguas del bautismo (es decir, al morir con Cristo) y salir de esas aguas regeneradoras (al resucitar con Cristo), empieza a aplicárenos la Salvación obrada por Jesús: ni el demonio, ni el pecado, ni la muerte tienen ya pleno dominio sobre el bautizado. Desde el bautismo, la muerte es algo muy distinto, es *“dejar este cuerpo para ir a morar cerca del Señor”* (2 Corintios 5,8).

El precio del Cielo, ¿se conoce?

Sí, fue tasado: toda la sangre de Cristo, el Hijo primogénito de Dios. Fue el pago que Dios hizo para abrirnos de nuevo las puertas del Cielo. Un precio incalculable, infinito, proporcional al que es el mayor bien posible para el hombre. Cuando Dios nos creó, su proyecto de amor fue que viviéramos con Él plenamente felices sin término. *“La muerte fue contraria a los designios de Dios Creador, y entró en el mundo como consecuencia del pecado: <Porque Dios creó al hombre para la incorruptibilidad, le hizo imagen de su misma naturaleza, más por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen>* (Sabiduría 2, 23-24)⁵. El libro de la Sabiduría lo dice de modo tajante: *“no fue Dios quien hizo la muerte”* (Sabiduría 1, 13). La muerte es *“el salario del pecado”* (Romanos 6, 23). Y *“nos habríamos librado de ella si no hubiéramos pecado”*⁶.

“Jesús revolucionó el sentido de la muerte”. Así se expresaba Benedicto XVI, y proseguía su razonamiento: *“lo hizo con su enseñanza, pero sobre todo afrontando él mismo la muerte. <Al morir, destruyó la muerte>, repite la liturgia en el tiempo pascual. <Con el Espíritu que no podía morir, Cristo mató la muerte que mataba al hombre>* (Melitón de Sardes, Sobre la Pascua, 66). *En resumidas cuentas, nació para poder morir y así liberarnos de la esclavitud de la muerte”*⁷. La muerte siendo un mal, *“la más grande de las desgracias humanas, pues en ella se quita la vida”* (Santo Tomás de Aquino), ha sido vencida y transformada por Cristo, en su Cruz y Resurrección. *“Gustó la muerte para bien de todos”* (Hebreos 2, 9) ya que en Cristo, Cabeza de la humanidad redimida, todos hemos vencido la tiranía del demonio y de la muerte.

Esta es nuestra fe, nuestra esperanza. San Pablo, encarándose con la muerte apoyado en la certeza de la Resurrección de Jesús, fundamento de la nuestra⁸, decía: *“pero no. Cristo ha resucitado de entre los muertos, como primicia de los que mueren (...) ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?”* (1 Corintios 15, 20, 55). La muerte ha perdido su veneno; Jesús transformó la maldición de la muerte en bendición (cf. Romanos 5, 19-21). Cristo convierte la muerte de callejón sin salida en portal que conduce a la Vida. Sí, para esto Jesús vino al mundo. *“Realmente Él vino para que conozcamos la verdad. Para que podamos tocar a Dios. Para que nos esté abierta la puerta. Para que encontremos la vida, la vida real, la que ya no está sometida a la muerte”*⁹, que disfrutaremos plenamente en el Cielo.

Lo mejor está por llegar

Cuando Leon Bloy¹⁰ estaba a las puertas de la muerte, un discípulo y amigo le preguntó al oído: <¿Qué es lo que siente en estos momentos?. Él contestó: <¡Una inmensa curiosidad!>. Una respuesta genial y lógica. Intentaré satisfacer este deseo pero lo que exponga será siempre poco; por eso, por mucho que se diga, cuando lleguemos al Cielo nos llevaremos grandes sorpresas. El cardenal Luciani¹¹ contaba una historia¹²,

⁵ Catecismo de la Iglesia Católica n. 1008.

⁶ Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes* n.18.

⁷ Benedicto XVI, *Angelus* (5.XI.2006).

⁸ Pablo fue testigo de la Resurrección de Jesús; se le apareció en Damasco: *“¿Quién eres? Soy Jesús, a quien tú persigues”*.

⁹ Benedicto XVI, *Luz del mundo* p. 191.

¹⁰ Leon Bloy (1846-1917) fue uno de los grandes escritores modernos franceses. En su juventud tuvo una conversión religiosa.

¹¹ Fue elegido papa el 26.08.1978 como Juan Pablo I; fue beatificado el 4 de septiembre pasado.

de una madre que fue encarcelada en una prisión sin ventanas. Allí dio a luz a un niño que nunca vio el sol. Cuando el niño tenía seis años, la madre, para que él se formara una idea del sol, le mostró el candil encendido del carcelero, y le dijo: <Mira, hijo mío, el sol es como el candil encendido, como esa llama; ilumina y calienta. ¡Pero es mucho mayor! ¡Mucho mayor!>. A continuación, Luciani concluía: *“Es verdad que esta explicación resultaba pobre, pero era más que no saber nada. Cuando hablamos del Cielo, nos sucede algo parecido. Decimos poca cosa, pero siempre es preferible a callar”*.

*“El Paraíso no es un lugar como en las fábulas, ni mucho menos un jardín encantado. El Paraíso es el abrazo con Dios, Amor infinito”*¹³. *“No es una abstracción, ni tampoco un lugar físico entre las nubes, sino una relación viva y personal con la santísima Trinidad. Es el encuentro con el Padre, que se realiza en Cristo resucitado gracias a la comunión del Espíritu Santo”*¹⁴. Lógicamente, nuestra imaginación se ve superada... ya que *“este misterio de comunión bienaventurada con Dios sobrepasa toda comprensión y toda representación”*¹⁵; pero si hemos gustado a Dios, la fe, esperanza y caridad nos dan certeza de que esa intimidad total con Cristo, y en Cristo con la Santísima Trinidad, es fuente de un gozo, de una alegría y una felicidad inimaginables... imposible de expresar con palabras adecuadas, como san Pablo ya nos avisó: *“ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó por el corazón del hombre, las cosas que preparó Dios para los que le aman”* (1 Corintios 2, 9).

Ese júbilo será sin fin, ya no habrá nada ni nadie que pueda robarnos esa paz ni oscurecer esa luz. *“Lo poseeremos todo y nada buscaremos”* (san Agustín). Los santos *“viven para siempre con Cristo. Son para siempre semejantes a Dios, porque lo ven “tal cual es”* (1 Juan 3, 2), *cara a cara* (cf. 1 Corintios 13, 12; Apocalipsis 22, 4)¹⁶. Los muertos en el Señor no son muertos, sino que son los vivos para siempre. Como estímulo para anhelar el Cielo, san Juan recogerá, por mandato del Ángel, el jolgorio de la corte celestial celebrando esa fiesta eterna de alabanza y acción de gracias a Dios y a Cristo, el Cordero inmolado, vencedor del mal, *“decían: «Aleluya. Porque reina el Señor, nuestro Dios, dueño de todo, alegrémonos y gocemos y démosle gracias (...). Bienaventurados los invitados al banquete de bodas del Cordero”* (Apocalipsis 19, 6, 9).

Y en Dios, recibiremos mucho más...

A la felicidad completa de disfrutar de *“esta vida perfecta con la Santísima Trinidad, de esta comunión de vida y amor con ella”*¹⁷, en su misericordia ha querido que sus santos encuentren nuevos motivos de gozo. Provedrán de la visión y compañía de la Virgen, de san José, de los Ángeles, en particular de nuestro Ángel de la guarda, de todos los santos; y volveremos a reunirnos con aquellos que más quisimos y nos aguardan: cónyuge, hijos, nietos, padres, hermanos, parientes, amigos, todos esos que nos ayudaron de alguna forma a estar allí... gozaremos de la alegría y el amor plenos de la mejor reunión familiar que podamos imaginar.

Y encontraremos esos tesoros de los que habla Jesús (ref. Mateo 6, 20), que son nuestras buenas obras, nuestros arrepentimientos sinceros, los padecimientos sufridos, los detalles de caridad y servicio que hemos prodigado a los demás, en especial a los más necesitados... todo lo bueno que hayamos hecho por amor, porque a Dios no se les escapa nada que pueda premiar: nada se pierde.

Y no acaba con esto, ya que *“en la gloria del cielo, los bienaventurados continúan cumpliendo con alegría la voluntad de Dios con relación a los demás hombres y a la creación entera”*¹⁸. Están en familia, y por la Comunión de los Santos, siguen ocupándose de los que están en camino; y qué alegría cuando llegan nuevas almas al Cielo; y ven en Dios el progreso espiritual de las personas que quieren, a las que ayudan con su intercesión, y contemplan los frutos en el tiempo de sus trabajos en la tierra.

¹² Recogida en *Ilustrísimos señores*, una compilación de 40 artículos en forma de carta a diversos personajes históricos y de ficción.

¹³ Francisco, Audiencia (25.10.2017).

¹⁴ San Juan Pablo II, Audiencia (21.07.1999).

¹⁵ Catecismo de la Iglesia Católica n. 1027.

¹⁶ Catecismo de la Iglesia Católica n. 1023.

¹⁷ Catecismo de la Iglesia Católica n. 1024.

¹⁸ Catecismo de la Iglesia Católica n. 1029.

A esto se añadirá, después del Juicio Final, la posesión del propio cuerpo, resucitado y glorioso, para el que fue creada el alma. Y reinar con Cristo para siempre en el universo renovado donde *“no habrá muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor, porque todo lo anterior ya pasó”* (Apocalipsis 21, 4).

Vivir en la tierra con la esperanza del Cielo

Hay una historia judaica que nos brinda luces: Fallece una persona muy rica pero muy miserable y está en la cola esperando ser juzgada. Al observar el procedimiento con aquellos que le preceden, empieza a sentir menos temor. Observa que el registro de los actos de caridad influye en gran medida sobre el decreto Divino; los regalos que uno hizo durante su vida pesan más que muchos pecados. Cuando llega su turno, dice: <Es cierto que tal vez no hice todo lo que debería haber hecho mientras estuve en la tierra, pero permítanme sacar mi chequera y firmar unas buenas sumas para cualquier institución importante que ustedes recomienden>. Entonces el juez le responde: <Aquí no admitimos cheques. Sólo aceptamos recibos>. La primera luz es que el tiempo disponible para preparar el Cielo expira con la muerte. Vivir es amar, pues por amor hemos sido creados, y para amar. Y cuando dejemos esta tierra será para amar más y para siempre. Amar y ser feliz van de la mano, y dependen de la decisión de cada uno. De ahí la importancia de vivir en la tierra con la esperanza del Cielo. No encontraremos razón superior que haga al hombre más responsable de su suerte y de los otros; bastaría conocer la vida de los santos. La esperanza del Cielo es fuente de luz y fuerza divinas para emplear la libertad con sentido, para pensar, elegir y actuar cabalmente. *“Si optamos por Dios nos volvemos cada día más amados y si elegimos amar nos volvemos felices. Es así, porque la belleza de las decisiones depende del amor: no olvidar esto”*¹⁹, proponía el Papa. La vida será un sí constante a la invitación a ser feliz; también los noes, consecuencia de la debilidad, se convierten en síes con la contrición, avalada con volver a levantarse para amar de nuevo. Así, hasta el último día, en que el sí se hace definitivo y pleno con la muerte.

El relato judío resalta otra idea muy sabida, la de que: *“A la tarde te examinarán en el amor”*²⁰. La fe nos enseña que *“está establecido que los hombres mueran una sola vez, y que después tenga lugar el juicio”* (Hebreos 9, 27). Dios nos preguntará: *“¿Cuánto amaste?”*. Es la síntesis del capítulo 25 de san Mateo. Y cada uno tendrá que responder. Si hemos amado seremos premiados con el Cielo para amar eternamente; si hemos amado, pero no suficientemente, nos purificaremos en el Purgatorio para prepararnos para amar plenamente; si hemos elegido rechazar el amor incluso en el último instante, iremos al Infierno, donde reina el odio sin término, para ya nunca amar más. *“Si amo, para mí no habrá infierno”*²¹. Sabemos la pregunta del examen final, si la tenemos preparada no hay lugar al temor. Y se prepara cada día: *“cada mañana es una página en blanco que el cristiano comienza a escribir con obras de bien”*²². Aprovechemos el hoy, que es el tiempo para aprender a *“morir en el Señor”*. *“En realidad, el morir forma parte del vivir, y esto no sólo al final, sino, si se considera bien, en cada instante”*²³. Estamos llamados a ser hombres *“cuya patria está en el cielo”* (Filipenses 3, 20). Si del imaginario diario desaparece el cielo, no pondremos los medios para prepararlo.

Además, la vida cristiana va de *“hacer, de la tierra, cielo”*. San Juan Crisóstomo, al comentar el texto del Padrenuestro *“hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”* (Mateo 6, 10), escribe: *“aun viviendo en la tierra, Dios quiere que nos esforcemos por llevar vida del cielo: <Es preciso que deseéis el cielo y los bienes del cielo; sin embargo, antes de llegar al cielo, yo os mando que hagáis, de la tierra, cielo; y que, aun viviendo en la tierra, todo lo hagáis y digáis como si ya estuvierais en el cielo>”*²⁴. Es una bella figura de lo que es la existencia cristiana. Seremos YA felices, pero TODAVÍA NO completamente.

En la cruz, Jesús revela el amor de Dios. Antes de entregar su vida, dijo: *“¡Tengo sed!”* (Juan 19, 28). Son palabras de amor que llaman a la puerta de nuestro corazón. Manifiestan la sed de Dios de que seamos felices y su dolor con la tristeza del hombre que se deja arrastrar por el mal. Si procuramos amar nuestras obras harán, de la tierra, cielo y saciaremos la sed de Dios y se llenará de contento. Los que hayan

¹⁹ Francisco, homilía (22.11.2020).

²⁰ San Juan de la Cruz, dichos 64.

²¹ San Josemaría Escrivá de Balaguer, Forja n. 1047.

²² Francisco, Audiencia (11.10.2017).

²³ Benedicto XVI, *Angelus* (5.XI.2006).

²⁴ San Juan Crisóstomo, Homilía sobre el Evangelio de san Mateo.

colaborado con Jesús en construir el cielo en la tierra entrarán en el paraíso. Lo que conlleva portarse así no será nunca un capricho de Dios, sino una exigencia de nuestra naturaleza humana para lograr su plenitud: amar cuesta... pero merece la pena. Seremos lo más felices posible y ayudaremos a los demás a serlo. Aseguramos el pasaporte para el Cielo con mayúscula. Esa es la sabiduría de los santos: *“cada vez estoy más persuadido: la felicidad del Cielo es para los que saben ser felices en la tierra”*²⁵. La vida se llena de esperanza, en la promesa del Cielo y en que nunca nos faltará la ayuda de Dios para alcanzarlo, a pesar de nuestra fragilidad. El éxito en el momento de la muerte estará asegurado. Hagamos el propósito de no perdérselo, vale la pena... deseemos el Cielo, estar con quien sabemos nos ama para siempre.

²⁵ San Josemaría Escrivá de Balaguer, Forja n. 1005.